

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

EL LEPROSO.

Bajaba Jesús del monte que fué el Tabor, á juicio de San Jerónimo, donde pronunció aquel admirable discurso, llamado el sermón de las bienaventuranzas, cuando hé aquí que, un pobre leproso, sin temor á los reproches de la multitud, acércase al Salvador, y con muestras de la fé más humilde y del más profundo acatamiento, le dice: «Señor si quieres, bien puedes curarme.» *Domine, si vis, potes me mundare.* Y extendiendo Jesús la mano, le tocó diciendo: «Quiero, quédate limpio. Y al punto fué sanado de la lepra. Y le dijo Jesús: Mira que no lo digas á nadie; más anda, preséntate al Sacerdote y ofrécele la ofrenda que mandó Moisés para que le sirva de testimonio. Hé aquí una figura de lo que acontece con frecuencia en el seno de la Iglesia. La lepra es la figura del pecado. El leproso del Evangelio representa al pecador. Lleno está el mundo de leprosos. Jesucristo nuestro Señor bajó del monte de su gloria

en busca de los pecadores, y aunque subió á los cielos, consumada la obra de la redención, hízolo de tal manera que se quedó al mismo tiempo entre nosotros, para ser hasta el fin de los siglos nuestro maestro, nuestro Redentor y nuestro médico.

Tenemos, pues, para curarnos de la lepra moral, un médico lleno de sabiduría, de amor y misericordia, y las medicinas de la Redención depositadas en la Iglesia, que ha recibido la misión altísima y salvadora de aplicarlas á sus hijos enfermos. ¿Qué falta, pues? Que el pecador imite al leproso del Evangelio y alcanzará la curación de sus mortales dolencias.

¡Lamentable situación la del leproso! Pero más deplorable la situación del pecador. El pecado es una enfermedad espiritual que deforma la imagen de Dios y mata el alma del que voluntariamente sucumbe á la seducción del diablo. La envidia de este espíritu rebelde y homicida introdujo el pecado en el mundo y por el pecado vino la muerte. (1) Predi-

(1) Sab. 2.

jo David á Joab que no faltaría leproso en su familia.

Joab significa enemigo: figura del demonio enemigo de Dios y de los hombres, cuya familia no se compone más que de leprosos, esto es, de pecadores.

¿No es la lepra una enfermedad repugnante y asquerosa? ¿No marchita la hermosura, corroe como un cáncer horrible las carnes, deforma el semblante, inutiliza los sentidos, debilita las fuerzas y produce la muerte? La lepra se extiende por todo el cuerpo, despide un olor intolerable y lleva el contagio á cuantos se acercan; por lo cual el leproso tenia que vivir, segun mandato expreso de Moisés, separado de su familia y fuera de la sociedad. ¡Deplorable situacion! ¿Puede darse desventura más lastimosa? Sí; la situacion del pecador, es más despreciada, y más honda su desventura.

Separado de Dios, principio y fin del ser inteligente, rota por el pecado la union de su alma con el manantial de la salud y de la vida, oscurecida su razon por las tinieblas de la culpa, esclava su voluntad de pasiones vergonzosas, privado su espíritu de la hermosura de la gracia, despojado de los sentidos interiores, caido en el fango de vicios hediondos, ¿quién podrá comprender toda la profundidad de este abismo ni explicar toda la extension de esta plaga moral, que afea, degrada y atormenta á tantos infelices y desventurados pecadores? Procuremos la salud de esos enfermos voluntarios; señalemos el camino de la conversion á esos pobres extraviados; busquemos en las medicinas de la Redencion el reme-

dio de sus dolencias; vistámonos de compasion y caridad, y no descansenos hasta que sean curados de las vergonzosas corrupciones, de las hediondas enfermedades y de las llagas horribles, pegadas á su alma como una lepra espantosa.

Un médico afamado vino del cielo porque habia en la tierra un gran enfermo. Bajó del monte de su gloria el Hijo de Dios y trajo consigo medicinas de probada virtud y maravillosa eficacia para curar todo género de dolencias. Pero nadie se cura sino quiere ser curado, porque si Dios nos ha criado sin contar con nuestra voluntad, no nos justificará sin nuestra cooperacion. El leproso del Evangelio es un buen modelo para el pecador, para este leproso espiritual, si desea su curacion. Bajaba Jesús del monte y el leproso corre á su encuentro, acércase al Salvador y le muestra su enfermedad. Pero cómo? Lo primero que hace es postrarse á sus piés y rendirle adoracion: *Adorabateum*: Despues habla y le confiesa *Señor*; como si dijera: Tu eres dueño de la vida y de la muerte, mi refugio, mi esperanza y mi consuelo: *Domine*: si quieres, puedes curarme. Quiero, respondió el Salvador. Se limpió, y al punto desapareció la lepra. Tal debe ser la conducta de los pecadores si anhelan por las divinas misericordias. Es necesario que busquen al médico divino mientras está cerca, que se postren á sus piés humillándose ante su divina magestad, reconociendo y confesando su lepra, llorando con la frente pegada al polvo los yerros de la vida pasada. *Adorabateum*. Es necesaria la fé en el poder de Dios y la confianza en su di-

vina misericordia. Tenemos promesa de perdon si pedimos con fé, promesa sellada con la muerte de Jesucristo; no podemos dudar de la palabra ni del poder ni de la bondad del Señor. Creed y sereis salvos. *Si vis, potes me mundare.* Si quieres, puedes limpiarme. Sí; puede el Señor perdonar, puede curar, puede salvar; no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva. Si quieres, puedes, le dice el leproso. ¡Qué fé tan viva! ¡Qué esperanza tan firme en su infinita misericordia! Que los pecadores, pobres leprosos se acerquen á Dios con humildad, que pidan con fervor, que esperen confiadamente en el perdon, que detesten cordialmente sus pecados y resuelvan en su corazon detestarlos toda su vida, y estén seguros de que Jesucristo extenderá la mano de misericordia, y tocándolos con su gracia, recobrarán la salud del alma; la paz del corazon, el gozo de la conciencia, la dignidad altísima de hijos de Dios, y el título de herederos, y coherederos con Cristo de los tesoros del cielo. *Et confestim mundata est lepra ejus.*

¡Misericordia infinita y entrañable! ¡misericordia eficazísima! Quiero, dijo el Salvador, y al punto quedó curado el leproso. No lo digas á nadie, sino preséntate al Sacerdote y ofrécele el don prescrito por Moisés para que le sirva de testimonio. Manda Jesucristo al leproso que no publiche su curacion, ora para recomendarlos la humildad, ora para evitar la afluencia de otros enfermos sin fé; ora para darnos una muestra de respeto y veneracion al sacerdote á quien por la ley correspondia declarar que el leproso estaba curado y libre

ya de la *excomunion civil*, pudiendo por lo mismo tener comunicacion con sus semejantes. Conviene fijar la atencion en el mandato de Jesucristo. Anda, dice al leproso, y preséntate al Sacerdote.

Es sabido que Dios puede curar al pecador sin más que su querer absoluto y eficazísimo; pero el mismo ha instituido la confesion sacramental como un medio ordinario y obligatorio para obtener el perdon. Es por lo tanto indispensable que el pecador se presente al Sacerdote, y le muestre su lepra, esto es, sus pecados, y ofrezca el don prescrito por la nueva ley, á saber: un corazon contrito y humillado, una conciencia llena de pesar, y un espíritu atribulado, sacrificio agradable al Señor que unido á la saludable penitencia impuesta por el Sacerdote, satisface á la divina justicia las penas debidas á los pecados mortales. Hé aqui el camino de la salud, el remedio de la culpa y la condicion de la eterna felicidad.

LOS TRES ESPEJOS.

Una jóven, que á veces daba acogida á algun pensamiento de vanidad escribió cierto dia á su madre:

«Querida madre: desearia en gran manera tener un espejo para el tocador; tendrá la bondad de enviármelo. Lo estoy aguardando con impaciencia.»

Al siguiente dia la jóven recibió de su madre respuesta concebida en estos términos:

«Querida hija: te mandaré el espejo que me pides; sólo que en lugar de uno recibirás tres.... En el primero verás lo que eres, en el segundo

lo que *serás*, y por último, en el tercero, *lo que debes ser.*»

Cuando hubo concluido la lectura de la carta, la jóven se entregó á mil conjeturas; mas tuvo que resignarse á esperar, cosa que cuesta bastante á los diez y seis años. Asi es que contaba los días, las horas, los minutos que pasaban sin recibir la anunciada remesa. En fin, despues de tres mortales días, que le parecieron tres siglos, llegó una caja: así que se la hubieron entregado, la jóven se la llevó corriendo, y encerrándose en su cuarto, se dió prisa á abrirla.

Lo primero que se presentó á su vista fué un paquete cuidadosamente envuelto, y marcado con el número uno. Abrióle con precaucion, el corazon le daba fuertes latidos: ¿qué era lo que iba á ver?... Halló un modesto, pero fiel espejo, que segun la promesa de su buena madre, le manifestó *lo que era*: su juventud, su lozanía, su belleza; en una palabra, las gracias y los encantos de la primavera de la vida.

—¡Oh! ¡Qué buena es mamá! dijo la niña: y loca de contento dió cándidamente un beso al espejo.

Pero ¿qué es lo que podia contener el segundo paquete? Abrióle con curiosidad, y se halló... un cuadro que representaba una calavera, otro fiel espejo de *lo que debía ser un día*. La jóven comenzó á comprender la leccion que queria darle su madre, y estuvo contemplando más tiempo el segundo espejo que el primero.

Quedaba el tercer paquete. Compréndese que, despues del segundo, la jóven hubo de experimentar cierto temor al abrirlo; sin embargo, su mano abrió la cajita.

Un grito de alegría se escapó de

su pecho al hallar envuelta en un paño de seda una preciosa imágen de la Inmaculada.

—Hé aquí *lo que debo ser* ó á la que debo imitar, exclamó, y la imitaré con la gracia de Dios.

Y arrodillándose al punto, oró largo rato.

NO HAY PASO PERDIDO

SI SE DÁ CON BUENA INTENCION.

Habia una vez un anacoreta que habia fabricado su ermita en un valle, cerca de un monte, sobre el que habia un hospital. Hubo una gran epidemia, y el hospital se llenó de tantos enfermos que no habia manos que bastasen para asistirlos, por lo cual acudieron al ermitaño para que fuese á prestarles auxilio. El buen ermitaño se apresuró á acudir, y todas las mañanas, apenas echaba el sol sus luces, tomaba su báculo y trepaba la empinada cuesta para tomar su puesto en la enfermería.

—¿No sería mejor,—pensó un dia en el que el calor le fatigaba mucho al subir aquella cuesta tan pendiente,—no sería mejor que labrase yo mi ermita aquí arriba, con lo que me ahorraría tanta molestia?

Oyó entonces una voz que contaba detrás de él, uno, dos, tres, cuatro. Se volvió, pero no vio á nadie.

—¡Que no hubiese discurrido yo esto antes! siguió pensando; ¿qué de fatigas y cansancio me habria ahorrado!

Oyó entonces de nuevo la voz que á sus espaldas seguia contando.

Volvió atónito la cadeza, pero como la vez primera, no vió á nadie.

Cerca de la cumbre ya, tendió la vista para buscar un sitio á propósito en que situarse, cuando de nuevo oyó la voz que siempre seguía contando,

Volvióse con presteza, y vió con asombro á un Angel, que le dijo: »Soy el Angel de tu guarda, y cuento tus pasos.»

Así veis como nada de lo que se hace con buena intencion hay perdido para el cielo, y que para ser meritoria una accion no es preciso que lleve consigo una utilidad palpable.

DISCURSO DE SU SANTIDAD

EN CONTESTACION AL MENSAGE
DEL SACRO-COLEGIO DE CARDENALES.

«Acogemos con satisfacion las felicitaciones que Nos dirigís tambien este año señor Cardenal, en nombre del Sacro Colegio, con motivo de la Natividad del Señor. La sinceridad y la nobleza de los sentimientos con que las habeis expresado, hacen que las acojamos aún con más alegría. Y Nos, en nuestra gratitud, queremos devolvéros las á vos y á todos los miembros del Sacro Colegio.

Ciertamente, si hay un deseo que pueda volverse en ventaja nuestra, es el que Nos habeis recordado oportunísimamente, el de la paz. En efecto, la saña implacable y la intencion perversa con que los enemigos de la Iglesia la combaten, y sobre todo nuestra triste condicion en Roma, no nos dejan gozar de los beneficios de

la paz, ni de la serena alegría que en los tiempos tranquilos atrae de ordinario la celebracion del aniversario del nacimiento de Jesucristo. Es extremadamente penoso á Nuestro corazon, como al vuestro, ver en todas partes atacada con falsos pretextos la augusta Religion de Cristo y su divina Esposa.

En el seno de las naciones, aún las más católicas, se levanta de mil modos ese espíritu de hostilidad que mira á arrancar á la Iglesia toda influencia social, á presentar como soberanamente malhechora su divina mision; pero aquí toda ocasion que se presenta da origen á nuevas ofensas: toda manifestacion religiosa pública hecha para despertar y mantener en su vitalidad en el pueblo italiano el sentimiento católico y la adhesion al Romano Pontífice es atacada, escarneada, desnaturalizada. Cuando el mes pasado una gran parte del clero y de los seglares italianos vinieron á Nos en piadosa peregrinacion, se levantaron al momento voces llenas de indignacion, se lanzaron contra Nos nuevas amenazas é infamias.

Las sectas que actualmente dominan aquí tomaron ocasion de aquellas peregrinaciones para reavivar en sus adeptos la saña profunda que les anima contra la Iglesia y arrastrarlos á un combate más general y más audaz. El cuarto centenario del nacimiento del heresiarca Lutero, sirvió de pretexto á la prensa sectaria de Italia para dirigir las más inconvenientes acusaciones, las más sangrientas injurias contra la Sede Apostólica. No se ha titubeado en levantar hasta lo alto á éste impío apóstata y el primer título á los eló-

gios que se le han prodigado, han sido su rebelion abierta contra la autoridad de la Iglesia católica y la lucha cruel que emprendió contra el Pontificado.

Hoy no faltan señales de un porvenir todavía peor. Todo lo que hasta aquí se ha hecho para la ruina de la Iglesia y la Santa Sede, no ha bastado á calmar la cólera de los enemigos. Se ha dicho y repetido que las medidas adoptadas hasta ahora han sido demasiado dulces y demasiado benignas. Y sin embargo todos saben que han sido tan funestas para la Iglesia y la Santa Sede, no ha bastado de herir: sus derechos, sus leyes su libertad, la independencia de su jefe sus ministros, sus instituciones religiosas, sus medios de vivir. ¿Qué prueba más dura es preciso esperar para lo porvenir, si Dios, en sus insondables designios, permitiera que llegaran á prevalecer tan audaces proyectos?

A las ofensas de los enemigos de fuera vienen á añadirse las defecciones de unos, los pérfidos artificios, y los escritos indignos de otros que, como hijos ingratos y rebeldes, quieren que caiga sobre su madre que ha sufrido tanto y que sufre todavía, la falta de los males que deploramos, en vez de hacerla caer sobre sólo aquellos que no tienen otro objeto que ofenderla.

En medio de tantas causas de luchas y de profundas agitaciones Nos es imposible dejar de sentir el más vivo deseo de paz. Nos, en la humildad de nuestro espíritu, la pedimos sin reservas y principalmente en estos días la pedimos con todas nuestras fuerzas al rev pacífico, que trajo des-

de su nacimiento la paz á los hombres y se la dejó al subir al cielo.

Al devolveros este voto, con el sentimiento de la más paternal benevolencia, Nos sentimos dichosos al poder daros del fondo del corazón á vos, señor Cardenal, á todos los miembros del Sacro Colegio y á todos los aquí presentes nuestra bendición.»

El Sábado 19 del corriente se inauguró la nueva seccion económica de Seminaristas pobres establecida por nuestro Excmo, Prelado en las habitaciones de la Iglesia parroquial de San Estéban de esta Ciudad.

Han terminado las primeras Misiones de los Arciprestazgos de Covarrubias, Campo y Villadiego; y los celosos P. P. Misioneros que las han dirigido continuarán dando otras en los mismos distritos. El Lunes 21 han comenzado tambien las Santas Misiones en el Arciprestazgo de Palenzuela.

(*Boletín Eclesiástico de la Diócesis.*)

Recuerda *L'Unitá Cattolica*, que recientemente, conversando el Santo Padre con un miembro de la nobleza romana acerca de las tentativas de conciliacion de que se ocupaban ciertas publicaciones liberales, dijo textualmente:

«Nos, no transigiremos jamás, en tanto que no seamos enteramente privado de Nuestra libertad y Nuestra plena independencia. Hasta entonces, Nos viviremos como vivieron Nuestros gloriosos predecesores

»en los tres primeros siglos de la
 »Iglesia, seguros como estamos de
 »que la asistencia de Dios no Nos
 »faltará y de que las puertas del in-
 »fierno no podrán prevalecer.

LA CASTIDAD,

Vamos á decir breves palabras en elogio de esta virtud hermosísima que tiene para seducir la inteligencia todos los encantos del corazón.

La castidad es una de las flores más bellas y aromáticas que se crían en la Iglesia católica, llamada con razón por los Santos Padres el misterioso jardín de las almas.

Hay en la castidad un perfume tan suave una fragancia tan deliciosa, que sobrepuja el aroma de todos los inciensos ofrecidos á la Divinidad. Es la victoria más ilustre del alma sobre el cuerpo, el triunfo más glorioso del espíritu sobre la materia corrompida; es una abnegación evangélica de un mérito indefinible, es una absorción la más deliciosa en Dios, un foco de luz encendido en el cielo, un manantial de goces inefables, un gusto anticipado de la vida eterna y un germen fecundísimo de virtudes. Es la vida del espíritu la elevación del pensamiento, el brillo de la fé, la firmeza de la esperanza y el aliento de la caridad.

Contemplad á ese hombre, mancebo por la impureza, esclavo de la carne, sediento de carnales placeres, y vereis que su mente está rodeada de tinieblas, su corazón de aridez y toda su alma de cadenas infernales. La obra de Dios está desfigurada, el rey de la creación se convierte en un

monton de basura, en un lodazal inmundado de vicios horrendos, en una confusión indefinible, en un verdadero infierno. Con la castidad andan en dulce consorcio y lucido cortejo todas las virtudes, y hacen del corazón un tabernáculo, y del alma un cielo hermoso digno de hospedar al mismo Dios.

La castidad es la corona de la virgen, la joya de la doncella, el honor de los casados, el ornamento de los jóvenes, el tesoro de los ancianos, el manto brillante que hace tan hermosa á la Esposa de Jesús, la librea de los cortesanos del cielo, la que pone á los hombres en disposición de alternar con los ángeles, y el escudo de la fé, de la esperanza y de la caridad. Sin la castidad el mundo sería una Sodoma impura, un Egipto abominable, una Babilonia adúltera, sin ella no hay paz en las familias, orden en la sociedad, ni dignidad en las almas.

No es solamente la virtud de las personas consagradas á Dios; no es un deber exclusivo de algunas almas privilegiadas; no es un grado de perfección evangélica reservado á las monjas, á los frailes y á los Sacerdotes; es una virtud obligatoria á todo cristiano, es un deber común á todos los estados y condiciones de la vida; deber ordenado por Dios para elevar al hombre, para dignificar la carne misma por la sabia represión de sus anárquicas exigencias.

Porque se desprecia esta virtud nobilísima, porque no se cultiva esta flor, por todo extremo hermosa y aromática, la sociedad se hunde cada día más en el lodazal de los vicios, en el abismo de las viejas corrupciones de Roma y de Cartago, de Cite-

rea y de Pafos. Sin el freno de la castidad el hombre se convierte en bruto, la familia en un infierno y la sociedad en un inmenso lupanar donde no florece una virtud y se rinde culto á todos los vicios. Al fin viene la muerte despues de una vida manchada de impureza, y está escrito que los impuros no entrarán en el reino de los cielos.

UN RASGO

DE LA VIDA DE SAN IGNACIO.

En la vida de san Ignacio de Loyola se lee un rasgo que se relaciona admirablemente con nuestras preocupaciones presentes.

A su vuelta de una romería en Palestina, se detuvo el Santo en Chipre, y allí vióse en muchos apuros para hallar embarcacion que le condujera á Italia. No obstante habia en aquel puerto un hermoso buque muy bien aparejado, y los que habian llegado con Ignacio suplicaban al capitán que recibiera á bordo de su nave «al pobre peregrino de Jerusalem.»

—Es un Santo, decian ellos, y nos traerá fortuna.

—Si es un Santo (respondió el Capitán, que era un libre-pensador de entonces), no necesita para nada mi buque, échese al mar y las olas le llevarán.

¿Qué sucedió? San Ignacio se embarcó en un débil barquichuelo, que violentamente combatido por la tempestad, llegó á Italia. El gran buque veneciano se estrelló en las rocas al querer ganar el puerto.

Todo el mundo conocerá el buque en el cual se niega un puesto, no sola-

mente á la Compañía de Jesús, sino al mismo Jesús, conocerá tambien la barquilla cuyo piloto es san Pedro, y saben todos que contiene los derechos de Dios.

Ignoro cuál será la suerte del navío en que se niega un puesto á la Iglesia; pero sé perfectamente que el débil barquichuelo en que se ampara la gloriosa realeza de Jesucristo, resistirá la tempestad, evitará los escollos y llegará al puerto.

MÁXIMAS CRISTIANAS.

La ociosidad es madre de muchos vicios, y el trabajo el padre de muchas virtudes.

El hombre nace para trabajar como el ave para volar. El primer operario fue el jefe de la raza humana. Dios le puso en el paraíso para que le labrase con el trabajo de sus manos y el sudor de su rostro.

No aborrezcas los oficios de mucho trabajo, y estima la agricultura, pues la crió é instituyó el Altísimo.

Todo lo que hagas procura hacerlo bien, y se hablará bien de tí.

Las turbas que seguian á Jesucristo y habian presenciado sus obras maravillosas, le tributaban esta alabanza: Bien hace todas las cosas.

S. Pablo dice: Os rogamos, hermanos, que cumpláis bien con vuestro oficio y no tengais ociosas vuestras manos.

Las manos flojas para el trabajo son manantiales de miseria: pero se libran de ella las manos fuertes y laboriosas.